
NATIVIDAD DE MARÍA.

DISCURSO I.

Nova lux oriri visa est, gaudium, honor et tripudium.

Pareció que nació una nueva luz, el gozo, la honra y la holganza.

(ESTH. VIII, 16.)

Al leer las palabras con las cuales David, previendo la gloria venida del Salvador, invita á todas las criaturas al gozo y alegría (1); cuando oigo los cantos de Isafas, que anunciando las glorias de nuevos días, dice á la misera Sion, que se sacuda el polvo de sus cabellos, que suelte las cadenas de su cerviz, que vista el traje de fiesta y de júbilo (2); cuando escucho las palabras del ángel, que anunciando á los pastores de la Judea el nacimiento de Jesús, quiere que gocemos y nos alegremos (3); creo oportuno que se entonen las mismas voces, los mismos cánticos y las mismas palabras por el nacimiento de María. Porque, si es justo gozarse por el nacimiento de Jesús, que vino á iluminar, á redimir y á salvar á los hombres; toda conveniencia exige, que nos regocijemos por la natividad de la augusta Mujer, por la cual resplandeció en el mundo el deseado día luminosísimo, y dió á los hombres el Salvador. Por eso la Iglesia, que nos invita al júbilo por el nacimiento de Jesús, nos invita igualmente á la alegría por el nacimiento de María, y nos induce, con expresiones de inmenso júbilo, á celebrarlo con júbilo y con amor.

A cuya invitación, queriendo yo corresponder cuanto me sea posible, creo poder repetir las palabras de Esther, cuando á la aparición

(1) PSALM. XCV, 12.

(2) ISAÍAS, LI, 2.

(3) LUC. II, 10.

de una nueva luz, reinó en todas partes gozo, honra y holganza: *Nova lux oriri visa est, gaudium, honor et tripudium*. Y en efecto, con su venida al mundo, María, luz de gracia, luz de gloria y luz de salud, fué para Dios causa de regocijo, de honor para sí misma y de júbilo para la tierra. Regocijó á Dios, quien al verla se enamora de Ella como de la más hermosa obra salida de sus manos: *Nova lux oriri visa est, gaudium*. Fué causa de honor para sí misma, puesto que, desde el primer instante de su nacimiento, apareció preclarísima y rica de extraordinarias bellezas: *Nova lux oriri visa est, honor*. Fué para la tierra motivo de holganza, puesto que se elevó como objeto de las más seguras esperanzas y de los más caros consuelos de los hombres: *Nova lux oriri visa est, tripudium*. Escuchad, pues, hermanos míos, y la breve y sencilla exposición de esta triple idea os pondrá de manifiesto la conveniencia de celebrar el nacimiento de María, y de festejar, en cierto modo, tal como merece festejarse, el nacimiento del Salvador. Saludémosla ántes con el arcángel: A. M.

Entre todas las obras salidas de la mano de Dios, María es, sin duda, la obra más bella y la más perfecta de todas las criaturas. Sin hacer mención ahora de las perfecciones de esta obra singular, quiero ocuparme de aquellas dotes y prerogativas que podía tener comunes con las otras humanas criaturas, y me callo muchas cosas que podrían mostrarla eminente. Calló la admirable belleza de su rostro, superior á la de las más hermosas hijas de Jerusalén, de las más graciosas doncellas del pueblo del Señor. Paso por alto el mismo prodigio verificado en sus padres, que la tuvieron por milagro despues de una larga y penosa esterilidad. No niego que estas y otras preclaras dotes, que no enumero, podrían facilitarme multitud de argumentos para probar en María la obra más bella y más perfecta de todas las criaturas que han salido de las manos de Dios. Pero, cuando considero que las perfecciones de la santísima niña deben admirarse más en el alma que en el cuerpo, más por lo que la hace acepta á los ojos de Dios que á los ojos de los hombres, puesto que la belleza de esta real hija es toda interior (1), quiero pasar por alto estas y otras cosas, que son en Ella ménos admirables y ménos singulares. Por consiguiente, si digo, que todo fué grande y noble en el nacimiento de María, noble y grande la stirpe, noble y grande la índole, noble y grande la munificencia, noble y grande el decoro; añado que lo que la

(1) PSL. XLIV, 14.

hizo verdaderamente grande y noble sobre todas las criaturas de un modo singularísimo, fué su extraordinaria santidad.

Vosotros sabeis, hermanos míos, que María fué inmaculada en su concepcion; y, por consiguiente, no podreis negarme, que en el primer instante de su existencia fué enriquecida con los suavísimos afectos de la gracia. Desde aquel momento, poseyó todos los dones del Espíritu Santo, todos los hábitos de las virtudes teologales y cardinales, y todas las dotes que embellecen el alma. Jamás estas dotes fueron oscurecidas por hábito impuro, ni los hábitos de las virtudes impedidos por ningun halago de la carne, ni menoscabados los dones del Espíritu Santo por ningun pensamiento terreno. Por eso la Virgen, dirigiéndose al Cielo, desde los primeros momentos de su concepcion, y esto sin impedimento de ninguna clase, de hora en hora, de minuto en minuto, y de instante en instante, aumentaba en sí aquella gracia de que ya estaba llena desde su concepcion. Y si la gracia de que estaba llena la Virgen desde el primer instante de su sér, sobrepujaba á la que recibieron en su plenitud los Santos de la tierra, ó los elegidos Serafines del Paraíso, teniendo sus fundamentos sobre los montes sagrados (1), inferid de ahí, hermanos míos, á que grados incommensurables llegaría en el instante de nacer. Y en verdad, que si la gracia que Ella recibiera en el primer momento, sobrepujó la gracia de todos los ángeles del Cielo y de todos los justos de la tierra, y sin dejar sepultado este talento preciosísimo lo negociaba de suerte, que en el segundo instante duplicaba la gracia del primero, y en el tercero la gracia del segundo; nosotros no podemos hallar expresiones para medir la grandeza á que se vería elevada en el día de su nacimiento. Corrían ya nueve meses desde que esta gracia crecía en María; hacía ya nueve meses que se multiplicaba; y cuantos habían sido los instantes de estos nueve meses, otro tanto se habían acrecentado los aumentos de la gracia, y otras tantas eran las riquezas de que la había colmado enteramente la gracia durante este tiempo.

Si la inocencia, la santidad y la gracia atraen sobre las almas las miradas de Dios, ¿quién podría expresar de que modo las miradas de Dios se dirigirían á María, al nacer tan inocente, tan santa y tan rica de toda gracia? Si Dios, una vez terminada la creacion, dijo, que las cosas criadas eran muy buenas (2), viendo que correspondían á la

(1) PSALM. LXXXVI, 1.

(2) GEN. I, 31.

perfectísima idea que se propuso al criarlas; ¿cómo podía ménos de complacerse en María, viéndola, desde los primeros latidos de su existencia, llena de sobrenatural belleza y de innumerables perfecciones? Si Dios quedó satisfecho de la fé de Abrahán, de la obediencia de Isaac, de la modestia de Ruth, del valor de Débora; ¿cómo podía ménos de quedar satisfecho de María, viéndola, desde su nacimiento, niña aún, sobrepujar el valor, la modestia, la obediencia y la fé de las Débora, de las Ruth, de los Isaac y de los Abrahán? En su nacimiento apareció María á los ojos de Dios como la mujer de los Proverbios, que se levantó de noche para atender al trabajo (1), puesto que en los mismos tenebrosos meses en que los demás hombres yacen sepultados en profundo letargo, empezó á conocerle, á bendecirle y adorarle.

Por consiguiente, ¿cómo podía dejar de causar gozo á Dios el nacimiento de María? En este mundo, contaminado por el mal y correspondido por el pecado trás cuarenta siglos de aberraciones, de locuras y de delitos, trás larga noche de culpas, trás un torrente desbordado de vicios, Él ve, finalmente, una alma toda pura, más pura que la pureza de los ángeles; toda santa, más santa que la santidad de los justos; toda abrasada de santo amor, más amante que el amor en que arden los Serafines. La mira, y dice, que sus ojos son como los de la paloma, que es como la azucena entre espinas, que tiene el cuello de nieve adornado de piedras preciosas; y para indicar que es bellísima, la llama por dos veces bella; y por lo tanto, como impaciente de festejarla, apresura su venida para que pudiese, pasado el invierno, disipadas las nieblas y vuelta la estacion florida, contemplar su rostro hermoso y recibir los rayos de sus miradas (2); y cuando la ve á su lado tan bella y tan agraciada, aparece en sus lábios una sonrisa que llena de alegría al Universo, se prepara para abrir la fuente de sus gracias, y se muestra dispuesto á derramar sobre los hijos de Adán la lluvia de sus beneficios y de sus misericordias. Ahora bien; ¿qué prueba todo esto, sinó que María con su nacimiento es causa de gozo en Dios? ¡Ah, sí! no cabe duda que apenas nacida, María es el objeto de las más tiernas complacencias del Señor; y bajo este punto de vista, nosotros tenemos abundantes motivos para repetir las primeras palabras del texto objeto de nuestros comentarios: *Nova lux oriri visa est, gaudium.*

(1) PROV. XXXI, 15.

(2) CANT. II, 14.

Si el nacimiento de María causó gozo á Dios, el cual tuvo en Ella sus complacencias por ser la obra más perfecta salida de sus manos, viéndose llena de extraordinarias y preclarísimas bellezas, no podía ménos de serle sumamente honroso. La verdadera belleza, hermanos míos, es la de la gracia, porque, como enseñan los teólogos, el alma por la gracia parece una imágen de la misma belleza divina, hallándose accidentalmente en Ella y por participacion divina lo que en Dios se halla sustancialmente y por divina esencia. Así, pues, ya que la verdadera belleza es la belleza de Dios, y siendo la belleza de Dios la belleza de la gracia, la belleza de la gracia es la verdadera. Ya hemos dicho, que María, al nacer, era llena de una gracia mayor que la de los justos de la tierra y de los ángeles del Cielo. Debemos, pues, concluir, que fué bellísima desde su nacimiento. Si hermosos aparecieron los ángeles despues de haber sido criados, porque Dios con amorosa mano al mismo tiempo que formó en ellos la naturaleza, infundióles la gracia; ¿cuánta no sería la belleza de María, de la cual se puede decir, que recibió primero la gracia que la naturaleza, de suerte, que la dulce niña ántes de aparecer en el orden de la naturaleza ya había nacido á la gracia? Si fueron bellos Adán y Eva en el Paraíso terrenal, á los cuales Dios hizo amigos suyos por santificación, en el mismo instante de hacerles sus siervos por creacion; ¿cuánta no sería la belleza de María, que nació destinada para una dignidad inefablemente mayor que la de nuestros padres, y á la cual se le concedió la gracia sin límites ni medida?

No me habéis, amados hermanos, de las Saras ni de las Raquel, de las Judith ni de las Esther. De sola María fué dicho, que resplandecía en su rostro algo de sobrenatural y divino; de sola María se nos asegura, que tuvo no solo la belleza, la donosura y la amabilidad, sino lo que hay de sumo en la misma amabilidad, en la misma donosura y en la misma belleza; tan solo de María ha sido revelado, que era de hermosa presencia, admirable al contemplarla, y agraciada para ser amada. En efecto; como que la belleza más preciosa consiste en la exención del pecado, ninguna de las almas podía ser más bella que María, de la cual estuvo en todo tiempo infinitamente remota la culpa; y por lo mismo que la más noble de las glorias consiste en aproximarse á la semejanza divina, ninguna de las almas podía ser más gloriosa que María, la cual conservó siempre en sí la divina semejanza, y procuró en todo tiempo parecerse al divino ejemplar que le dió la vida. Nadie crea que deban transcurrir muchos años para poder admirar en la Virgen esta belleza y esta gloria, pues, ambas

resplandecieron en Ella en el instante mismo de su nacimiento. ¡Ah! María, al igual que otra niña cualquiera, dá sus vagidos, tiene sus latidos y su cuna; pero aquellos vagidos son alabanzas que tributa al Señor, aquellos latidos son los esfuerzos con que le busca. y la cuna un altar donde le consagra las primicias de su entendimiento y de su corazón.

Por consiguiente, si María en su nacimiento apareció adornada de tanta belleza, ¿por qué este mismo nacimiento no podía servirle de honor? Sirvióle de honor, porque si todos los nacidos ó por nacer salen á luz faltos de gracia y manchados con la culpa, Ella nace libre de todo pecado y llena de toda gracia. Sirvióle de honor, porque al paso que todos los descendientes de Adán deben, ligados por las inviolables leyes de la naturaleza, aguardar, queriendo ser buenos, á que lleguen á perfecto uso de razon, Ella, dispensada prodigiosamente de las inviolables leyes naturales, y libre de las imperfecciones propias de la infancia, nació buena y santa. Buena de suerte, que, apenas nacida, sobrepujó la inocencia de Abel, la justicia de Noé y la fé de Abrahán; y santa hasta un grado tal, que, apenas nacida, sobrepujó sublimemente la mansedumbre de Jacob, la humildad de David y el celo de Elias; buena y santa de modo, que no ha existido criatura humana, ni podrá aparecer, aún empleados muchísimos años en adquirir méritos, tan santa y buena como María en el instante de su nacimiento.

Añadid, hermanos míos, que esta belleza, esta gloria y todo este esplendor de sublimes prerogativas que adornan el nacimiento de María, deben considerarse con relacion á la mision para la cual fué escogida, ó sea, para ser la Madre de Dios. Y en verdad, que para admirar en Ella la Maternidad divina no es necesario que crezca en edad, ó que se le presente un arcángel en nombre de Dios, ni que se le anuncie la dignidad excelsa á que será elevada. Ella nace como Madre, y, por lo mismo, fué predestinada para Madre, ántes de que fuesen los siglos, en un mismo decreto con su divino Hijo; y por Madre fué proclamada continuamente con tanta significacion de figuras, de símbolos y de figuras. El Señor, que desde la eternidad había previsto la caída del género humano, tenía resuelto, igualmente, redimirlo por medio de la Encarnacion; pues, así como una mujer había sido la causa del pecado, quiso, desde entónces, que otra mujer fuese el instrumento del misterio de la Reconciliacion. Esta mujer es María; y, por consiguiente, María, en su nacimiento, no es una bellísima y perfectísima niña como otra cualquiera, sino que es aquella

que un día habrá de ser la Madre de Dios. En las angustias mismas de la cuna apareció solemne la grandeza de María; en Ella resplandecen todavía niña los rayos de una magestad celestial. Y fijando cuanto nos sea posible la penetrante mirada en tantas incomparables prerogativas, de que se presenta llena la Virgen desde el instante de su nacimiento, ¿no os parece que todo esto deba servirle de honor? ¡Ah! sí; puedo afirmar con seguridad, que así como su nacimiento causó gozo á Dios, también sirvió de honor á la misma: *Nova lux oriri visa est, honor.*

Empero, si este día con el nacimiento de María causó gozo á Dios, el cual vió en María el objeto de sus más tiernas complacencias, y fué honorífico para María, que apareció llena de extraordinarias y preclarísimas bellezas; cada uno puede comprender por sí mismo, el que causase igualmente gozo á la tierra, que vió en María la prueba más cierta de las esperanzas de los hombres. A esta consideración nos llama la tercera parte del texto bíblico que comentamos hoy con motivo de la fausta conmemoración del nacimiento de María. Examinémoslo un poco, y una breve y sencilla exposición de este pensamiento nos descubrirá la verdad de la materia en cuestión acerca de la justicia de nuestro gozo espiritual.

Los primeros en gozarse por el nacimiento de María fueron sin duda sus afligidos y estériles padres. Éstos, que, pasados muchos años de su matrimonio, habían llegado á la ancianidad sin poder gloriarse de la bendición de Dios, que consiste en la fecundidad, y que sufrían aquella maldición y aquella infamia que acompañaba á la esterilidad en los antiguos tiempos; con esta santa Niña vieron convertidos los días de luto en días de júbilo, y la pasada ignominia trocada en inusitada gloria, y compensadas, sobre toda ponderación, las angustias de la sufrida esterilidad.

Y de esta alegría celestial participarían los justos detenidos en el Limbo, pues, es muy probable, que les fuese revelada la elección de la recién nacida para futura Madre del Verbo. Por lo tanto, si hasta entonces habían visto cubrirse de tinieblas la noche, oscurecerse el cielo de opacas nubes, y la tierra rodeada de horrible oscuridad; en este día del nacimiento de la Virgen vieron rasgarse las nubes, desvanecerse las tinieblas, brillar la noche, y presentarse majestuosa en el horizonte la suspirada aurora. En efecto; el nacimiento de María puede considerarse como una línea divisoria entre la noche que pasa, y el nuevo día que ilumina; y puede decirse muy á propósito de este nacimiento lo que cantó el Apóstol, que se aleja la noche con sus os-

curidades, y se aproxima el día con su radiante luz (1). Si aguardaban precisamente este fausto acontecimiento en el Limbo las almas de los justos, podemos afirmar con toda razón, que, nacida la Virgen, tuvieron que sentirse inundados de un gozo que les arrojaría en éxtasis de amor y de maravilla.

Este nacimiento de María fué, igualmente, el mismo noble motivo por el cual se llenaron de gozo todos los hombres. En verdad, que el fausto nacimiento de la Virgen debe considerarse como el principio de la salvación de todo el humano linaje, por anunciarle la próxima venida del Redentor. Hoy empieza á desvanecerse la opaca niebla que oscurecía el mundo por obra del pecado; hoy empieza el hombre á ser libre de su deplorable desdicha, restituido á su dignidad primitiva. Nuestros padres levantan alegres la frente, al oír que está próxima á ser anulada la sentencia de muerte fulminada contra los hombres. La tierra estéril por tan larga serie de siglos, se regocija, viendo aquella Rosa, que con su fragancia evaporará el hálito pestilente de la prevaricación. Todas las criaturas, al ver abiertos en este instante los fundamentos del purísimo templo de Cristo, Rey del Universo, festejan de gozo, aplauden de júbilo, y entonan himnos de alabanza y de gracias á Dios dispensador de todo bien.

En efecto, amados hermanos; ahora la confianza de la tierra puede acercarse á la cuna de María; el pecador tiene una abogada á quien acudir para alcanzar la gracia de la misericordia, y el justo una Madre á la cual recurrir para gozar de la santa perseverancia. Nacida María, ha nacido la consoladora de los tristes, la bienhechora de los pobres, y la esperanza de los afligidos. Cuando se la invoca, presenta las súplicas delante de Dios; cuando se la ruega, obtiene las celestiales bendiciones á favor de los angustiados; cuando aparecen días de tribulación y de temor, cuando nos vienen encima funestas calamidades, cuando se adelantan para diezmarlos el hambre, la peste y la guerra, cuando los espíritus infernales se mueven audaces para perdernos; acudiendo á la santa Niña que nace para nuestro gozo y amor, se tiene todo lo necesario para vencer á los enemigos, para salir de las angustias, y para elevarse con el espíritu al Señor.

Y si todos los hombres tienen motivos poderosísimos para consolarse en este día dichosísimo, no dudo un momento en afirmar, que tales motivos deben ser para vosotros, hermanos míos, más profundos y más tiernos, pues, deben considerarse como hijos primogénitos

(1) ROM. XIII, 12.

de María los que la sirven fielmente, los que la veneran con religiosidad, y los que la aman con fervor; y por lo mismo que con esta vuestra frecuencia, y con esta vuestra devoción me ofreéis pruebas evidentes de que servís con fidelidad, veneráis religiosamente y amais con fervor á María, reconociendo en vosotros á sus hijos primogénitos, puedo concluir muy bien, que Ella nace en singularísimo provecho vuestro.

Holguémonos, pues, con santo gozo, y alegrémonos en este día del nacimiento de la Virgen. Si grande fiesta hicieron Abrahán por el nacimiento de Isaac, Ana por el de Samuel, y la casa de Zacarías por el del Bautista; mayor fiesta debemos celebrar nosotros por el natalicio de Aquella, que vino al mundo dispensadora de gracia y de salvación. Regocijémonos con María por su dignidad sublime, por sus singulares privilegios, y por sus extraordinarias prerogativas: alegrémonos por haber recibido una Madre tan excelente, y una Reina tan poderosa, siempre pronta para acogernos, y siempre propicia para consolarnos. Y mientras que los ángeles, contemplando la hermosa Niña salida de las entrañas de la madre se regocijan, ofreciéndole aplausos proporcionados y dignos, confesemos con nuestra alegría, que este nacimiento causó verdaderamente gozo á Dios. fué honorífico para María, é inundó de júbilo á todo el género humano; pudiéndose repetir con toda verdad en esta ocasión las palabras del libro de Esther: *Nova lux oriri visa est, gaudium, honor et tripudium.*

NATIVIDAD DE MARÍA.

DISCURSO II.

Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens, electa ut sol, pulchra ut luna, terribilis ut castrorum acies ordinata?

¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente, brillante como el sol, bella como la luna, terrible como un ejército formado en batalla?

(CANT. VI, v. 9.)

Este oráculo se cumplió en la cuna de María. Al tiempo de aparecer Ella á la tierra exclamaron los ángeles del Cielo: «¿Quién es esa que se adelanta como la aurora cuando sale, brillante como el sol, bella como la luna, terrible como un ejército formado en orden de batalla?»

Vivían las generaciones en una noche de tinieblas, de crímenes y de errores: cuarenta siglos de mentiras se habían extendido por el universo y oscurecido toda verdad: María, verdadera aurora del día de la gracia, viene á disipar estas sombras y desterrar esta noche. ¿Quién es esta que se levanta como la aurora? *Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens?*

La aurora no es más que la mensajera del astro del día; y el profeta añade, que la Virgen inmaculada es brillante como el sol, *electa ut sol*; porque la gloria de la Maternidad divina que le está preparada, se confundirá, en cierto modo, con la gloria del Verbo encarnado, verdadero Sol del mundo sobrenatural. Ella es hermosa como la luna, *pulchra ut luna*, porque la suave luz que debe reflejar, tendrá su origen en los resplandores del Verbo divino hecho hijo suyo; y porque su trono, rodeado de candor y clemencia, será siempre accesible á los desgraciados hijos de Eva mientras dure su destierro en